

ZAPATA NAVEGA ENTRE CHINAMPAS. EL ZAPATISMO EN LOS PUEBLOS LACUSTRES DEL SUR DE LA CUENCA DE MÉXICO

Baruc Martínez Díaz

Doctorado en Historia

Universidad Nacional Autónoma de México

El zapatismo fue un movimiento revolucionario sumamente complejo, y a pesar de que tradicionalmente se le ha identificado con el estado de Morelos, ocupó un territorio más extenso, logrando echar raíces en diversas zonas del centro de México; una de ellas fue el Distrito Federal, y sobre todo la región meridional, ocupada por decenas de comunidades de origen mesoamericano. Si bien la revolución zapatista ha tenido importantes investigaciones de carácter regional,¹ por desgracia, los pueblos de la ciudad de México no han recibido la atención debida,² aun cuando un somero acercamiento

¹ Algunos ejemplos de estudios regionales del zapatismo: Aguilar, José Ángel, *La Revolución en el Estado de México*, 2 t., Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, México, 1977. Espejel, Laura, “El movimiento campesino en el oriente del Estado de México: el caso de Juchitepec”, en *Cuicuilco*, vol. 1, año 2, número 3, 1981, pp. 33-37; González Bustos, Marcelo, *El general Jesús H. Salgado y el movimiento zapatista en Guerrero*, Universidad Autónoma de Guerrero, México, 1983; Anaya Pérez, Marco Antonio, *Rebelión y Revolución en Chalco-Amecameca, Estado de México, 1821-1921*, Margarita Carbó (pról.), 2 t., Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, Universidad Autónoma de Chapingo, México, 1997, t 2. LaFrance, David G., “Arrugas y verrugas: los zapatistas en Puebla, 1910-1920”, en *Zapatismo: origen e historia*, Instituto Nacional de Estudios Históricos de las Revoluciones de México, México, 2009, pp. 351-368.

² Estudios sobre el zapatismo en pueblos del Distrito Federal: Camacho de la Rosa, Gerardo, *Raíz y razón de Totolapan: el drama de la guerra zapatista*, Gobierno del Distrito Federal, Secretaría de Desarrollo Social, México,

a la tradición oral local revelaría, de inmediato, la importancia del zapatismo en esta parte de la Cuenca de México.

Para comprender, entonces, la complejidad de este movimiento revolucionario, creo que es necesario, además de estudiarlo en conjunto, conocer sus dinámicas locales y regionales. Así pues, sirvan estas líneas para adentrarse en las particularidades del zapatismo en la zona meridional de la Cuenca de México, en especial en aquellas poblaciones en donde las actividades acuícolas tenían una profunda importancia en esos años, así como la agricultura en chinampas.

Descubriendo las chinampas

Hacia la segunda mitad de 1914, el zapatismo experimentaba un ascenso considerable; sus operaciones militares se intensificaron y esta serie de tácticas a la ofensiva le permitieron controlar una mayor extensión del territorio nacional. Sus incursiones a los pueblos sureños del Distrito Federal se hicieron más frecuentes, y esta cercanía con la capital del país alarmó en grado sumo a las “buenas conciencias” de aquellos que habían pertenecido a la antigua élite porfirista. La población urbana (sobre todo los estratos medios) seguramente también experimentó temor ante la cada vez más cercana presencia de los

2007; Gomezcézar Hernández, Iván, *Pueblos arrasados. El zapatismo en Milpa Alta*, Gobierno del Distrito Federal, Universidad Autónoma de la Ciudad de México, México, 2009; Álvarez Icaza Longoria, María Teresa, “El zapatismo rondando la capital”, en *Zapatismo: origen e historia*, Instituto Nacional de Estudios Históricos de las Revoluciones de México, México, 2009, pp. 369-388; Castillo Palma, Norma Angélica, “La revolución en la memoria: las haciendas y el general Herminio Chavarría en Iztapalapa”, en *Signos Históricos*, número 21, enero-junio de 2009, pp.170-181; Pineda Gómez, Francisco, “Milpa Alta en la revolución”, en Mario Barbosa Cruz y María Eugenia Terrones López (coord.), *Tobuehuettlanantzjin. Antigua es nuestra querida tierra. Historia e imágenes de Milpa Alta de la época prehispánica a la Revolución*, Universidad Autónoma Metropolitana-Unidad Cuajimalpa, Delegación Milpa Alta, México, 2012, pp. 155-209.

grupos zapatistas, pues la prensa capitalina, desde hacía varios años, se había encargado de crear esa imagen violenta del “Atila del sur” y de sus huestes canibalescas que gozaban destruyendo y quemando poblaciones enteras.³ Era, pues, la rebelión de los indios, de la barbarie, contra la civilización y el orden, según argumentaban tanto funcionarios maderistas como huertistas,⁴ mientras los columnistas seguían alimentando estas construcciones imaginarias cargadas de racismo y colonialidad.⁵

El hecho es que, tras dos intentos fallidos para tomar la capital de la república, el primero en 1912 y el segundo en 1913,⁶ el Cuartel General del Ejército Libertador del Sur se

³ Al respecto véase el trabajo de Pérez Montfort, Ricardo, “Imágenes del zapatismo entre 1911 y 1913”, en Laura Espejel López (coord.), *Estudios sobre el zapatismo*, Salvador Rueda Smithers (presentación), Instituto Nacional de Antropología e Historia, México, 2001, pp. 163-208.

⁴ Ariel Arnal afirma que la serie de reportajes publicados en la prensa capitalina, así como la impresión esporádica pero continua de fotografías zapatistas, estuvo orientada a “...definir la lucha contra el zapatismo (incluso durante el periodo convencionalista) como un enfrentamiento contra el salvaje externo, allende fronteras, y la civilización simbolizada entonces por la ciudad de México.” Arnal, Ariel, *Atila de tinta y plata. Fotografía del zapatismo en la prensa de la ciudad de México entre 1910 y 1915*, Instituto Nacional de Antropología e Historia, México, 2010, p. 105.

⁵ En esta tesitura, Francisco Pineda refiere que “La formación de imaginarios basados en conductas instintivas atribuidas al oponente, los ignorantes casi animales que amenazan la propiedad, la familia y la ley, y que es propia del discurso racista, especialmente desde Buffon, fue el patrón seguido por la prensa maderista.” Pineda Gómez, Francisco, “Guerra y cultura: el antizapatismo en el gobierno de Madero”, en Laura Espejel López (coord.), *Estudios*, pp. 209-233, p. 228.

⁶ Francisco Pineda trata en extenso estos dos intentos del zapatismo para ocupar la capital mexicana. El de 1912 fracasó porque la policía secreta del Distrito Federal descubrió la red urbana zapatista y la dismanteló, mientras que la de 1913 no fue posible debido a la falta de coordinación entre los distintos mandos rebeldes y, como resultado de esto, el ejército suriano no pudo ejercer un control total sobre el Estado de México que le permitiera avanzar con mayor firmeza hacia el Distrito Federal, Pineda Gómez, Francisco, *La revolución del sur, 1912-1914*, Rafael Medrano (pról.), Ediciones Era, México, 2005, pp. 143-161, 267-308.

había fijado claramente un objetivo: la conquista de la ciudad de México y el derrocamiento del gobierno usurpador de Victoriano Huerta. La presencia continua de las fuerzas surianas al sur de la Cuenca respondía, pues, a estos propósitos. A finales de julio se libraron intensos combates entre los zapatistas y los federales en todo el corredor que va de Tláhuac hacia Xochimilco. Los surianos, con ayuda de la población local, aprovecharon las especiales condiciones del paisaje para atacar por sorpresa al enemigo; hacían uso de la intrincada red de canales que conectaba a la región chinampera, apoyándose en la utilización de las embarcaciones de los lugareños; si era necesaria la retirada, se remontaban por los caminos y veredas de la serranía del Ajusco-Chichinauhtzin, la cual dividía a la Cuenca de México de los cálidos valles morelenses.

La incorporación de chinamperos a las filas del zapatismo, así como el apoyo de la población local (a la que podríamos calificar, siguiendo a Francisco Pineda, como los zapatistas civiles) a la causa revolucionaria, permitió que el ejército suriano tuviera un mayor rango de operatividad en la región, así como ciertas ventajas sobre los federales. Como en toda guerra, el conocimiento del territorio en disputa es fundamental para la planeación de las estrategias a seguir; este, en un principio, jugó a favor de los rebeldes zapatistas.

El 31 de julio de 1914, en su quinta plana *El Imparcial*, uno de los periódicos más fieles al antiguo régimen, decía en su encabezado que una comisión de marinos se encontraba estudiando “la complicada red de chinampas del lago”. Más adelante, agregaba que: “El general [Eduardo] Ocaranza ha comisionado a los oficiales de marina que se hallan en Xochimilco, para que estudien el caso, y se encarguen de presentar el proyecto correspondiente. Un teniente mayor de la Armada fue nombrado jefe de la comisión que ya empezó a estudiar las condiciones en las que está el lago.”⁷ La nota periodística es reveladora en dos sentidos: en primer lugar porque confirma la utilización

⁷ *El Imparcial*, 31 de julio de 1914, p. 5.

que los zapatistas le estaban dando a las particulares condiciones del paisaje lacustre, pues si el ejército estudia los canales y chinampas es debido a que la estrategia militar de los surianos se está valiendo de la geografía acuática; asimismo, como segundo punto, es posible apreciar el desconocimiento que la cúpula gubernamental tenía del territorio chinampero, pues su ignorancia llegaba a tal grado que decidió formar una comisión encargada de investigar la situación real que guardaba esta parte del lago de Xochimilco.

Desde luego, esto no significaba que el gobierno huertista, heredero de la dictadura de Porfirio Díaz, desconociera la existencia de las chinampas ya que, en los últimos años de la administración porfiriana, la Secretaría de Hacienda llevó a cabo un intenso proceso de privatización y titulación en la zona sur de la Cuenca de México. La cuestión radicaba en que, desde la perspectiva de la colonialidad del poder,⁸ de la cual la élite era su principal impulsora, las prácticas lacustres mesoamericanas, materiales y subjetivas, poseían escaso o nulo valor como para aplicar el expolio y la expropiación correspondientes. Así pues, desde la llegada de los iberos a estas tierras, las actividades acuáticas, incluyendo la agricultura chinampera, quedaron en manos indígenas y su conocimiento y reproducción dependieron de la actividad cotidiana de éstos.

Es verdad que la oligarquía tenía conocimiento del mundo lacustre, pero no de una manera profunda; conocían, seguro porque habían viajado por él, el canal de Chalco que después

⁸ “La colonialidad del poder es uno de los elementos constitutivos y específicos del patrón mundial de poder capitalista. Se funda en la imposición de una clasificación racial/étnica de la población del mundo como piedra angular de dicho patrón de poder y opera en cada uno de los planos, ámbitos y dimensiones, materiales y subjetivas, de la existencia social cotidiana y a escala societal. Se origina y se mundializa a partir de América.” Quijano, Aníbal, “Colonialidad del poder y clasificación social”, en *Journal of World-System Researche, Center for Global International and Regional Studies*, Vol. XI, número 2, verano/invierno de 2000, 342-386 p., p. 342.

se unía con el de La Viga y llegaba a la ciudad de México; visitaban, en paseos dominicales sobre todo, la zona chinam-pera de Santa Anita e Iztacalco; sabían de la producción de peces, moluscos, reptiles y anfibios que se obtenían de los lagos porque quizás habían presenciado su comercialización en los mercados de la capital. Sin embargo, desconocían la extensa red de canales menores que hacía posible la comunicación entre las chinampas de un mismo pueblo, y entre éstas y las de otras comunidades vecinas; tampoco tenían conocimiento de los métodos para la construcción de chinampas ni del modo en que se llevaba a cabo la agricultura intensiva en esta región; y mucho menos conocían la forma en la que los indígenas pescaban, cazaban y recolectaban los diversos productos lacustres que luego vendían en la ciudad de México, además de aprovecharlos para su propia dieta.⁹

Desde esta perspectiva, la cooperación de los lugareños, o de plano su franca incorporación a las filas del ejército suriano dotó al zapatismo del conocimiento del territorio, el cual le permitió, en un principio, obtener una clara ventaja frente a los ejércitos federal (maderista y huertista) y carrancista. La ocupación zapatista de la región meridional de la Cuenca de México, y la posterior toma de la ciudad de México, a finales de noviembre de 1914, no se podrían explicar sin el apoyo que los pueblos chinamperos brindaron a la revolución campesina del sur.

⁹ Ciertamente, un sector de la élite tenía un conocimiento más especializado acerca del mundo lacustre y de las prácticas acuáticas de los pueblos, pero era un grupo reducido de eruditos que, debido a los cargos obtenidos, o a las actividades a las que se dedicaban, había llegado a tal profundidad. Al respecto se pueden consultar las siguientes obras: Orozco y Berra, Manuel, *Memoria para la carta hidrográfica del valle de México*, Imprenta de A. Boix, a cargo de Miguel Zornoza, México, 1864, 185 p. Peñafiel, Antonio, *Memoria sobre las aguas potables de la capital de México*, Oficina tipográfica de la Secretaría de Fomento, México, 1884, 208 p. Francisco de Garay, *El Valle de México. Apuntes históricos sobre su hidrografía desde los tiempos más remotos hasta nuestros días*, Oficina tipográfica de la Secretaría de Fomento, México, 1888, 93 p.

Evidencias de la utilización del medio lacustre por parte del zapatismo, existen. En un combate en Mixquic el 18 de septiembre de 1913, los surianos, apoyados desde luego por sus simpatizantes locales,¹⁰ utilizaron canoas para atacar al ejército federal que se hallaba guarnecido en esa población; aunque, de acuerdo con el parte oficial, los rebeldes no obtuvieron la victoria, debido a que éstos fueron descubiertos antes de comenzar el ataque, lo cierto es que el caso es una clara muestra de cómo el zapatismo se adaptó a las condiciones del mundo acuático para planear sus estrategias militares:

Tengo la honra de participar a Ud. que ayer a las 9:30 pm estando con mi fuerza en el servicio, como diario se establece, una de las avanzadas al mando de un Cabo Habilitado, situada en el camino rumbo a Chalco, dio aviso de que entre las Chinampas habíase oído una descarga de armas de fuego. Inmediatamente para no ser atacados destaqué parte de mi fuerza al lugar indicado y el resto quedó parapetada en las alturas. *Pocos momentos después los bandoleros que venían en canoas por los flancos de dicho camino a Chalco*, intentaron hacer el ataque contra nosotros; pero como yo tenía ya convenientemente dispuesto el combate, ordené a mis soldados, después de que los bandoleros nos hicieron más descargas, que hicieran fuego contra el enemigo, habiendo durado el encuentro 35 minutos. Los asaltantes no pudieron resistir esas descargas y *a gran prisa fueron alejándose en sus canoas. La persecución se hizo hasta donde fue posible, pues estamos divididos por las aguas de los canales*, como la oscuridad de la noche no permitió ver los resultados del combate ignoro los resultados; pero varios tiros de mis soldados fueron acertados y puedo asegurar que el enemigo llevóse en su huida algunos muertos y heridos. Por nuestra parte solamente el Cabo de Escuadra Rafael Castillo salió muy levemente herido de una mano.¹¹

¹⁰ Los zapatistas, empero, no siempre utilizaron las canoas con el consentimiento de los lugareños. El 23 de diciembre de 1914, Enrique Gómez se quejó ante Emiliano Zapata de que los rebeldes del destacamento suriano de Tulyehualco le habían quitado su trajinera, por lo que pedía la devolución de la misma. Al día siguiente, el Cuartel General giró la orden para que se la devolvieran. Archivo General de la Nación (en adelante AGN), *Fondo Emiliano Zapata*, caja 17, exp. 9, ff. 84-86.

¹¹ Archivo Histórico de la Secretaría de la Defensa Nacional (en adelante AHSDN), *Ramo Revolución*, XI/481.5/exp. 159, f. 1909. *Cursivas mías.*

De acuerdo con la información vertida en este documento, es claro que el mundo lacustre brindó al zapatismo oportunidades para el ataque, mientras que para los federales representó un obstáculo. Por esta misma circunstancia, viejos habitantes ribereños recordaban que las zonas chinamperas de sus pueblos fueron utilizadas como refugios durante los duros combates entre zapatistas y federales, primero, y luego entre aquéllos y los carrancistas. En Tláhuac, don Serafín Aguilar y doña Julia Lozano afirmaban que sus coterráneos huían hacia las chinampas cuando comenzaban los enfrentamientos entre los surianos y los bandos contrarios.¹² En Tetelco la gente se escondía en los *apantles*, utilizando el *piaxtle* del haba para respirar, y de esta manera escapaban de la muerte o de la leva; cuando navegaban entre los canales, desataban las canoas que no fueran a ocupar para evitar que algún federal o carrancista hiciera uso de ellas.¹³

La situación, sin embargo, no siempre favoreció a la revuelta zapatista; el enemigo iba aprendiendo también a adecuarse al territorio. Los carrancistas pronto comprendieron que, si no echaban mano de las particularidades del mundo lacustre, no podrían acabar con las avanzadas surianas. Así pues, requirieron las canoas de los lugareños, y una vez que las tuvieron en su poder, navegaron por los canales para expulsar a los grupos rebeldes que operaban en la chinampería del sur de la Cuenca de México. El 14 de septiembre de 1914, en su primera plana, *The Mexican Herald* anunció que los carrancistas habían desalojado de Tláhuac a los guerrilleros zapatistas y que, con

¹² Entrevista a Julia Lozano realizada por Alberto Barranco y Andrés Lozano, Tláhuac, 1996. Serafín Aguilar en Sierra, Carlos Justo, *Tláhuac*, Ramón Aguirre Velázquez (presentación), José Irabién Medina (proemio), Departamento del Distrito Federal, Delegación Tláhuac, México, 1986, p. 141.

¹³ Entrevista realizada a Eligio Martínez por Baruc Martínez Díaz en San Nicolás Tetelco, febrero de 2012. Palacios Ruiz, Refugio, *Historia de San Nicolás Tetelco*, Edición del autor, México, 2000, p. 30.

esta acción militar, según decía el diario, el Distrito Federal había quedado libre de las fuerzas de Emiliano Zapata. La nota aseveraba que:

Las personas que trajeron esta información a la capital afirman que para ocupar Tláhuac los constitucionalistas usaron varias decenas de canoas de las utilizadas por los indios. Si algún combate ocurrió en Tláhuac los recién llegados no lo supieron. Tláhuac es considerada la llave para la región del Ajusco y en los círculos militares de aquí se cree que los constitucionalistas serán capaces de operar, en el futuro, con mayor ventaja sobre esta región. Las fuerzas que ocuparon Tláhuac son aquellas comandadas por el general Zúñiga, mientras que los zapatistas expulsados pertenecen a los hombres bajo el mando de Juan Banderas y Francisco Pacheco.¹⁴

En esta tesitura, es posible vislumbrar que lo que en un principio fue un aliado importante para el zapatismo, es decir, el conocimiento y el aprovechamiento del territorio acuático, pronto se convirtió también en un arma para su principal enemigo: el carrancismo. Esto, desde luego, no le resta importancia al hecho de que los zapatistas, gracias a la cercanía que tuvieron con los habitantes locales y a la simpatía que aquéllos despertaron en éstos, fueron los primeros que adecuaron su revolución al escenario lacustre.¹⁵

¹⁴ *The Mexican Herald*, 15 de septiembre de 1914, p. 1. Traducción libre mía. “*The persons who brought this information to this capital state that in order to occupy Tlahuac the Constitutionalists used several scores of canoes of those used by Indians. Whether any fight occurred in Tlahuac the arrivals did not know. Tlahuac is considered the key to the Ajusco region and it is believed in military circles here that the Constitutionalists will be able to operate to greater advantage in this region in future. The forces which occupied Tlahuac are those command by General Zúñiga, while the Zapatistas driven from the place belong to the men under Juan Banderas and Francisco Pacheco*”.

¹⁵ Antes que los carrancistas, no obstante, el ejército federal huertista también utilizó las canoas como medio de transporte durante los combates. El 22 de julio de 1914, Tiburcio Rodríguez y Pablo Chávez informaron al general zapatista Juan M. Banderas, que los habitantes de San Gregorio Atlapulco les habían asegurado que los federales, movidos por canoas, se

Guerra en el lago

Doña Matiana Flores Martínez, originaria de Zapotitlán y quien nació hacia 1905, en cierta ocasión afirmó que la revolución fue anunciada por un presagio: “[...] *huan utiquibtabqueb ce hueye tlecubuatl, ihquion utechtetzabuililuc ye huitz hueye guerra, mayaneliztle, miquiztle* [...]” y vimos una gran culebra de fuego [el cometa Halley], así se nos anunció que vendría la gran guerra, el hambre, la muerte.”¹⁶ Casi un año y medio después los pobladores de la zona lacustre comenzaron a escuchar los primeros tronidos de máuser, ametralladora y cañón; el presagio (*tetzabuitl*) se había convertido en realidad: los zapatistas

dirigían a su pueblo para atacarlo. AGN, *Fondo Genovevo de la O*, caja 15, exp. 3, f. 034. Aquí hay que recordar que, si bien Victoriano Huerta había dejado la presidencia de la república el 15 de julio, el ejército federal siguió en funciones hasta después de la firma del Pacto de Teoloyucan, cuando las fuerzas constitucionalistas comenzaron a suplirlo; sobre todo en la línea de fuego mantenida por los surianos: de San Ángel a Xochimilco.

¹⁶ Entrevistas a Matiana Flores Martínez realizadas por Baruc Martínez Díaz en los meses de marzo a julio de 2005 en su domicilio en Santiago Zapotitlán. Algunos otros pobladores del sur del Distrito Federal también mencionan al cometa como el presagio que anunció la revolución. Dionisio Chávez Acevedo, de Tlaltenco, afirma que su mamá, originaria de Aztahuacán, también vio el cometa y así supieron que la guerra, el hambre y la muerte habían llegado a su pueblo. Entrevista a Dionisio Chávez Acevedo realizada por Baruc Martínez Díaz el 10 de abril de 2009 en San Francisco Tlaltenco. Véase también Rosey Salazar, Olivia, “La Revolución Mexicana vivida por Felipa Téllez Gómez”, en Iván Gomezccésar Hernández (coord.), *Historias de mi pueblo. Concurso testimonial sobre la historia y cultura de Milpa Alta*, 5 vol., Centro de Estudios Históricos del Agrarismo en México, México, 1992, vol. 2, pp. 137-151. El excelente y completo testimonio de doña Luz Jiménez, de Milpa Alta, empero, se encuentra en el lado opuesto, pues, según ella: “No tronó el cielo para avisarnos que venía la tempestad. No sabíamos de la tormenta ni de los malvados hombres.” Horcasitas, Fernando (ed.), *De Porfirio Díaz a Zapata. Memoria náhuatl de Milpa Alta*, Miguel León Portilla (presentación), Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, México, 1968, p. 103.

estaban “a las puertas de México”,¹⁷ según comentaron los mismos diputados del gobierno maderista.

Si bien desde abril, mayo y julio de 1911, se habían presentado algunos combates en Nativitas y Xochimilco, fueron los enfrentamientos de octubre los que alcanzaron mayor notoriedad, tanto en la prensa capitalina como en las oficinas de gobierno. La rebelión de los indios había llegado al Distrito Federal. Fue entonces cuando los hombres del poder discutieron largamente las causas del zapatismo debido, sobre todo, a que el movimiento suriano, el cual había actuado hasta entonces dentro los límites de Morelos, desbordó esta frontera política y, lo más importante, la gente de los pueblos del Distrito Federal empezó a engrosar sus filas. Como más adelante se verá, múltiples causas generaron la simpatía hacia el zapatismo en la región lacustre de la Cuenca, pero por lo pronto, hay que advertir que agravios recientes ocurridos en los últimos años del Porfiriato, y que modificaron drásticamente el paisaje acuático, estaban en la base de esa decisión extrema: tomar las armas y luchar con ellas hasta vencer o morir. Los chinamperos, por lo tanto, se colocaron en esa zona liminal, entre la vida y la muerte, que es la guerra.

En la sesión de 25 de octubre de 1911 de la Cámara de Diputados, abogados y militares reconocieron la simpatía que provocaba en regiones enteras el movimiento revolucionario de los surianos. En aquel entonces, se trajo a la memoria a personajes tan lejanos como Gengis Kan y a otros más cercanos como Manuel Lozada, el Tigre de Álica, para equipararlos con la imagen bárbara, construida a través de la prensa de Emiliano Zapata. Sin embargo, a pesar de la utilización de tales recursos retóricos y literarios para naturalizar la represión y el exterminio, los oradores no tuvieron alternativa más que

¹⁷ Discurso de Francisco M. de Olaguíbel en la sesión de 25 de octubre de 1911 en la Cámara de Diputados, citado en Magaña, Gildardo, *Emiliano Zapata y el agrarismo en México*, Carlos Pérez Guerrero (continuación de la obra), 5 t., Editorial Ruta, México, 1956, t. 2., p. 29.

reconocer que el zapatismo se estaba extendiendo y ello se debía, principalmente, a factores de tipo económico como el multireferido “problema agrario”. Fue en aquel momento cuando el abogado José María Lozano sintetizó en una frase una de las claves de la fuerza de la rebelión campesina que estaba subvirtiendo el orden existente: “...ya *Emiliano Zapata no es un hombre, es un símbolo.*”¹⁸

En la sesión del día siguiente, el subsecretario de Guerra y Marina, José González Salas reconoció que las fuerzas rebeldes estaban siendo engrosadas por gente de la región meridional de la Cuenca y esto complicaba la contención de la revuelta campesina. Aquella ocasión manifestó:

Los enérgicos esfuerzos que el Ejecutivo ha hecho para sofocar los desórdenes han tropezado con enemigos tales como *la gran falange de adeptos que en todos los pueblos se unen a los zapatistas*. Parece ser que al entrar a Milpa Alta las huestes zapatistas fueron engrosadas por los indios de toda esa región; *pues aquéllos sumaban, en un principio, quinientos hombres y ahora cuentan con muchos mayores elementos*, lo cual, si bien ha servido para poner una fuerte barrera, los federales no han sido vencidos.¹⁹

Un día después de estas declaraciones, el 27 de octubre, el gobierno maderista convocó a una reunión del Consejo de Ministros. En ella el secretario de Relaciones Exteriores, Manuel Calero, confirmó las aseveraciones de González Salas. Señaló:

Por lo que toca a las bandas zapatistas que han salido del Estado, expulsadas por la acción de la campaña, tengo el honor de informar que éstas son batidas con toda energía y perseguidas con la mayor eficacia posible. Respecto de ellas debo decir que, según lo expresó ayer el Subsecretario de Guerra, su composición y carácter es muy variable, por la lamentable *cooperación que les prestan las poblaciones indígenas, en forma igual a las observadas en Morelos*. Me es grato poner en el superior conocimiento de esta H. Cámara que, después de que nuestras fuerzas batieron a los asaltantes de Milpa Alta, causándoles

¹⁸ *Ibid.*, t. 2, p. 27. Cursivas en el original.

¹⁹ *Ibid.*, t. 2, p. 32. Cursivas en el original.

treinta y cuatro muertos contra dos heridos de las tropas del Gobierno, los malhechores, en número aproximado de cien, se dirigieron rumbo a *Tláhuac, en donde, como de costumbre, fueron engrosados por gente de la región.*²⁰

El señor Calero, empero, se equivocaba en el motivo de la avanzada zapatista. Los rebeldes no llegaban a las puertas de la capital por estar siendo expulsados de Morelos, sino, más bien, lo que estaban demostrando era su carácter militar ofensivo, ya que, a pesar de la violenta campaña en su contra, decidieron desbordar los límites originales de la rebelión campesina.²¹ En este proceso, como líneas abajo se verá, no encontraron territorios y gentes completamente desconocidos, por el contrario, con lo que se toparon fue con viejos y nuevos agravios, muchos de ellos tan familiares y tan suyos, que los acercaban estrechamente a las poblaciones a las que empezaban a incursionar. En esta tesitura Francisco Pineda comenta:

El ataque militar del gobierno a la población civil ahondó la ruptura, la masa rebelde creció y el territorio insurrecto se expandió. Y dado que cada espacio tiene sus correspondientes habitantes, el zapatismo haciéndose semejante a los nuevos espacios, al tiempo que siguió siendo él, se volvió otro. Cada nuevo paso, en su expansión, incrementó el valor informacional del proceso rebelde; por consiguiente, crecía y no aminoraba el repertorio de sus posibilidades y se volvía más complejo.²²

²⁰ *Ibid.*, Cursivas en el original.

²¹ Francisco Pineda menciona al respecto: “La contraofensiva guerrillera de los zapatistas había desbaratado el dispositivo de control territorial que había impuesto Huerta, ‘con los fusiles y cañones de la república’. Pero los zapatistas, en lugar de mantener el asedio en los alrededores de Cuautla, efectuaron una maniobra ofensiva. En un lance sobre la retaguardia profunda del ejército federal, avanzaron sigilosamente hacia la capital de la república. El domingo 22 de octubre, los zapatistas ocuparon Topilejo, Tulyehualco, Nativitas y San Mateo, a las puertas de la ciudad de México. Y al día siguiente, tomaron Milpa Alta.” Pineda Gómez, Francisco, *La irrupción zapatista, 1911*, Ediciones Era, México, 1997, p. 184.

²² Pineda, *Revolución*, 2005, p. 101.

En lo que sí tenía mucha razón el subsecretario Calero, era en el apoyo que la gente de la región sur de la Cuenca les brindaba a los rebeldes. El caso de Tláhuac, comentado también por el funcionario maderista, es sintomático de esta cuestión. El 25 de octubre de 1911, una partida de zapatistas llegó a Tláhuac y de inmediato despertó las simpatías de los lugareños, pues de acuerdo con el informe oficial del capitán Hernando Limón, los surianos fueron recibidos con “música y agasajos”,²³ como si el hecho se tratara de una celebración religiosa, tan común, por cierto, en los pueblos de origen mesoamericano, de los de Morelos y de los del Distrito Federal.

Así pues, 1911 representó el inicio de las operaciones militares zapatistas en la zona sur de la Cuenca de México. En ese año, los chinamperos fueron testigos, y muchos de ellos actores de la revuelta campesina que estaba sacudiendo a buena parte del país. La presencia de las guerrillas surianas cada vez se hizo más frecuente y, conforme los meses pasaban, creció el número de combates hasta alcanzar su apogeo en la segunda mitad de 1914. En 1911 se llevaron a cabo ocho enfrentamientos en los pueblos de la región, al año siguiente disminuyeron a cuatro, pero a partir de 1913 las cifras se incrementaron, pues los combates entre zapatistas y federales sumaron 16 y, para 1914, se multiplicaron a más del doble hasta contabilizar 36 acciones militares en el territorio de los antiguos lagos de la Cuenca de México.²⁴

CUADRO 1
COMBATES ENTRE ZAPATISTAS Y FEDERALES/CARRANCISTAS
ZONA XOCHIMILCO-TLÁHUAC-CHALCO

²³ AHSDN, *Ramo Revolución*, XI/481.5/exp. 83, ff. 377-378.

²⁴ Debo reconocer que el número de enfrentamientos sólo abarcó a aquellas poblaciones con agricultura chinampera y con actividades lacustres, dejando fuera a las comunidades serranas; desde luego que si se les hubiese incluido a estas últimas, las cifras se elevarían considerablemente. También tengo que confesar que mi búsqueda, aunque pretendió ser exhaustiva, pudo haber omitido, involuntariamente, o ignorado algunas acciones militares, por lo que las cifras aquí presentadas deben considerarse sólo como tentativas.

Año	Número de combates
1911	8
1912	4
1913	16
1914	36
1915	25
1916	26
1917	5
1918	2
Total	122

Fuentes: Datos obtenidos de la hemerografía de la época (principalmente de *El Imparcial*, *El País*, *El Diario del Hogar*, *La Prensa*, *El Independiente*, *El Demócrata* y *The Mexican Herald*); del AHSDN, *Ramo Revolución*; y de los fondos *Emiliano Zapata* y *Genovevo de la O* del AGN. Las cifras fueron complementadas con el apéndice número 1 (basado en la obra de Sergio Cordero) del libro de Hernández Silva, Héctor Cuauhtémoc, *Xochimilco ayer III*, Juan González Romero (presentación), Gobierno del Distrito Federal, Delegación Xochimilco, Instituto de Investigaciones José María Luis Mora, México, 2003, pp. 117-118. También utilicé los tres libros sobre el zapatismo publicados por Francisco Pineda Gómez (*La irrupción zapatista, 1911*; *La revolución del sur, 1912-1914*; y *Ejército Libertador, 1915*).

El incremento de las acciones bélicas zapatistas, de 1911 a 1914, fue parte de la dinámica interna del movimiento rebelde, pero también de la cambiante correlación de fuerzas. Mientras el Ejército Libertador del Sur se iba fortaleciendo durante el proceso revolucionario, los gobiernos maderista y huertista tendían a dividirse en dos flancos (norte y sur), pues en la región septentrional del país también proliferaban los grupos subversivos. En 1913, asimismo, se multiplicaron las incursiones zapatistas al Distrito Federal en el marco de un nuevo proyecto para tomar la capital de la república, ordenado por el propio Emiliano Zapata. La constante presencia de las guerrillas surianas en la Cuenca de México, entonces, se explica y entiende mejor, tomando en cuenta el contexto global de la revolución del sur. El 17 de septiembre, el general Zapata le escribió al coronel Porfirio Galicia Arroyo para ordenarle el avance de sus fuerzas hacia el corredor Chalco-Xochimilco, como parte

de las acciones que hicieran posible la ocupación de la ciudad de México:

Recomiendo a usted que en el acto que reciba la presente comunicación reúna a la gente que tiene a sus órdenes, llamando al servicio a todos aquellos que sin causa justificada permanecen con las armas en aquella zona sin prestar servicio y procure usted organizar con estos elementos una pequeña columna con la cual marchará usted a operar por el rumbo de Chalco y Xochimilco, teniendo que avanzar con la nueva columna que en esos lugares forme usted agregándose para el efecto la fuerza que manda el coronel Everardo González hacia los lugares de Topilejo, Ajusco y Milpa Alta; teniendo que advertir a usted que en la última plaza de las ya referidas llevará usted a cabo sus trabajos militares en unión de otras columnas que ya se han movilizadas y para lo cual se comunicará usted directamente con el C. general ingeniero Ángel Barrios, inspector de las fuerzas revolucionarias en el Estado de México y Distrito Federal, que es el jefe encargado de la dirección de la campaña que se va a emprender en el Distrito Federal.²⁵

Como se puede observar, el orden estipulaba la incorporación de nuevos elementos originarios de las regiones de Chalco y Xochimilco, seguramente, como ya se ha visto, porque estos eran los que tenían un mejor conocimiento de sus respectivos territorios. Una de las complejidades del zapatismo fue esta intrincada red de relaciones (de parentesco, de amistad, o de afinidad) que los surianos, o echaron mano de ella cuando ya estaba constituida, o fueron construyendo en los espacios que iban ocupando; desde el general de división (que podría ser nativo de algún pueblo de la zona o, en su defecto, un personaje externo) hasta los mandos medios, bajos y los soldados de a pie (regularmente estos últimos actores locales o bien de lugares cercanos, aunque esto no excluya la participación de zapatistas de otros estados).²⁶ Asimismo, a esta lista hay que

²⁵ Emiliano Zapata a Porfirio Galicia Arroyo, 13 de septiembre de 1913, citado en Pineda, *Revolución*, 2005, pp. 301-302.

²⁶ El caso del general de división Everardo González, es un buen ejemplo de la estructura de esta red: él era originario de Juchitepec y operó en el

agregar a los que atinadamente Francisco Pineda ha llamado los zapatistas civiles: gentes de las comunidades que apoyaron al Ejército Libertador del Sur en diversas actividades (con armas, parque, vestimenta, comida, información o como mensajeros-espías) y no sólo en el campo de batalla.

Así pues, la participación activa de estos zapatistas civiles, así como la de aquellos revolucionarios libertadores chinamperos, explica, entre muchos otros factores, el incremento y la duración de las acciones militares de los surianos en la región lacustre de la Cuenca de México. El 21 de julio de 1914,²⁷ en un combate librado contra los federales en San Juan Ixtayopan, el apoyo de la población local fue decisivo para el triunfo de los campesinos rebeldes. El parte militar asentaba:

Tengo la honra de poner en el superior conocimiento de Ud. que hoy a las 11 de la mañana, se presentó el enemigo en este pueblo, en número de 500 o 600 hombres, atacando a este destacamento por los rumbos denominados “El Panteón”, “La Cruz”, “Los Olivos” y

corredor de la Sierra Nevada, pero también en la región de las chinampas; aunque no se le pueda considerar como un habitante lacustre, su lugar de origen tampoco distaba mucho del territorio meridional de la Cuenca de México, por lo que su conocimiento de esta región no debió ser nada despreciable. Asimismo, al interior de su división existían dos generales que sí pertenecían a pueblos ribereños: el general de brigada Antonio Beltrán, de Ayotzingo, y el general brigadier Maximiliano Vígueras, de Tetelco. Aunado a esto, hay que considerar también el buen número de lugareños que se alistaron bajo su mando y a aquellos que simpatizaron con él; aunque, lamentablemente, no tengo datos precisos de esto último, sí existen evidencias, como líneas abajo se verá, de pobladores que se enrolaron con el general González.

²⁷ Ese mismo día, por cierto, según la tradición local de Tlaltenco, Emiliano Zapata llegó a este pueblo; ahí comió, exhortó a los lugareños para que se le unieran, nombró coronel a uno de ellos (a Matilde Galicia Rioja quien después llegaría a ser general) y se fue a tomar el Cerro de la Estrella. Testimonios de Daniel Chavarría Gutiérrez y José Noguerón Ortega recopilados en Mancilla Castañeda, Carlos, *Cronología histórica de San Francisco Tlaltenco y pueblos circunvecinos*, Edición del autor, México, 1998, p. 260.

otras calles más del pueblo, entablándose *un combate desigual por el crecido número de asaltantes que eran ayudados por los habitantes del pueblo*, así que a poco me vi obligado a evacuar el cuartel batiéndome en retirada por el rumbo de Xico, y en cuya retirada fue herido el Cabo Benigno Arzate.²⁸

A finales de ese mismo año, el 3 de diciembre Félix C. Galicia, originario de Mixquic, le comunicaba al general Zapata su retiro de las filas del Ejército Libertador, debido a su estado de salud, al tiempo que pedía garantías para su pueblo, pues recogerían las cosechas, pero también le manifestaba que él había incorporado a muchos de sus coterráneos a la lucha revolucionaria. Galicia, así como sus compañeros, había estado bajo los órdenes de Juan M. Banderas y de Everardo González. El Cuartel General ordenó que se le extendiera el correspondiente salvoconducto.²⁹

²⁸ AHSDN, *Ramo Revolución*, XI/481.5/exp. 160, f. 1147. Cursivas mías.

²⁹ AGN, *Fondo Emiliano Zapata*, caja 2, exp. 4, ff. 22-23. El documento permite observar que las relaciones entre los soldados y los pacíficos no siempre fueron cordiales y tampoco entre los mismos combatientes, por ello no es conveniente formarse una imagen idílica del zapatismo y de su interacción con los pueblos, sino, por el contrario, analizar los hechos como lo que son: humanos y, por lo tanto, llenos de contradicciones y bien complejos. Esto, desde luego, no desestima el hecho de que el zapatismo generó una clara simpatía en las comunidades de origen mesoamericano; piénsese, por ejemplo, en el comportamiento tan violento que el carrancismo tuvo para con los pacíficos. Para muestra dos botones: “La tropa vivía, pues, del campo, al principio sirviéndose del maíz y de los animales que encontraban en las haciendas enriquecidas por la paz porfiriana, posteriormente pidiendo alimentos a los habitantes de los pueblos, que en su totalidad contribuían a la causa. Habitantes de México recuerdan que cuando los zapatistas entraron victoriosos en la capital, algunos soldados, fusil en bandolera, llamaban humildemente a las puertas de las casas pidiendo ‘tacos’”. “Estos carrancistas no eran tan buenos; eran malvados. Eran capaces de todo. Entraban a las casas. Robaban gallinas, puercos, comida. Si estaba uno comiendo, se llevaban toda la comida, tortillas, trastes. Así que los dueños de la casa ya no tenían qué comer. Si veían un jarro mocho lo tomaban y se lo metían dentro de la bolsa. Si un hombre o una mujer llevaba buena ropa se la quitaban”. Véanse Chevalier, François, “Un factor

Posteriormente, en los primeros meses de 1915, durante los preparativos para la segunda ocupación de la ciudad de México por parte de los zapatistas, y en lo que Francisco Pineda ha considerado como el mayor operativo militar del Ejército Libertador,³⁰ la participación de los chinamperos también fue notable. A fines de febrero, el general Zapata había llegado al Distrito Federal para encabezar él mismo la avanzada suriana; desde Tláhuac, telegrafió a Cuautla para ordenar la concentración de las fuerzas rebeldes en la línea de fuego que iría de Churubusco hacia Iztapalapa. El telegrama, fechado en Tláhuac el 25 de febrero de 1915, decía: “Por orden superior de esta superioridad ordeno a todas las fuerzas que se encuentran en esa ciudad [Cuautla] y que no tengan comisión alguna, así como las que vayan llegando, marchen inmediatamente a línea de fuego entre Iztapalapa y Churubusco. El general Emiliano Zapata.”³¹ Quizás en su paso por Tláhuac, el propio general en jefe comisionó a Dionisio Olivares, miembro del Ejército Libertador, para que hablara con la gente de la región, invitándola a que apoyara, de diversas formas, el avance militar hacia la capital de la república. El primero de marzo, Olivares informó a Zapata la adhesión del pueblo de Tláhuac a la lucha revolucionaria:

Tláhuac, marzo 1° de 1915.

Sr. Gral. Emiliano Zapata.

Cuartel Gral. La Purísima.

Respetuoso General. En contestación a su atenta y distinguida comunicación, me honro en decirle a Ud. que quedamos enterados sobre sus deseos y que el pueblo en general está animado de

decisivo de la revolución de México: ‘El levantamiento de Zapata’ (1911-1919)”, en José Ángel Aguilar, *Zapata (selección de textos)*, Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, México, 1980, pp. 119-127, p. 123. Horcasitas (ed.), *Porfirio*, 1968, p. 121.

³⁰ Pineda Gómez, Francisco, *Ejército Libertador, 1915*, Ediciones Era, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, México, 2013, 492 p., pp. 87-127.

³¹ AGN, *Fondo Emiliano Zapata*, caja 15, exp. 8, f. 19.

la mejor disposición para prestar su ayuda. Además, Señor General, le ponemos a Ud. en conocimiento que la gente se reunirá donde se halla el Cuartel de Ud., a fin de que el Sr. gral. Arriaga disponga dónde será el lugar para poner manos a la obra. Esperamos también que el día de mañana la compañía no vaya a desconocernos. Sin otro asunto me suscribo a sus órdenes, reite-rán-dole a Ud. mi adhesión y respeto.

Dionisio Olivares.³²

En los años siguientes, sin duda alguna, la fase más oscura del zapatismo en su lucha contra el carrancismo, la actividad de las guerrillas surianas no desapareció de la región meridional de la Cuenca, aunque sí fue disminuyendo su intensidad y número. No obstante, según algunos testimonios, los pobladores lacustres continuaron apoyando al Ejército Libertador de formas diversas. En 1916, Loreto Galicia, originario de Tláhuac, apoyaba a la división del general Valentín Reyes con armas, parque y manta para su tropa;³³ al año siguiente, en marzo de 1917, Nicolás Rioja, habitante de Tlaltenco, seguía sirviendo como arriero-espía para llevar la correspondencia del Cuartel General a los diferentes campamentos del sur del Distrito Federal.³⁴ De acuerdo también con testimonios de viejos chinamperos de Mixquic, varias comunidades lacustres continuaron apoyando al zapatismo en su lucha contra los carrancistas:

³² AGN, *Fondo Emiliano Zapata*, caja 6, exp. 3, f. 4., Desconozco el lugar de origen de Dionisio Olivares, lo único seguro es que después de lograr la adhesión de Tláhuac a la lucha zapatista se quedó a vivir en el pueblo en los años siguientes, pues en la petición de restitución de tierras, fechada el 18 de febrero de 1920, aparece su nombre entre los firmantes. Sin embargo, cuando se le dota de ejido a Tláhuac, el 2 de agosto de 1923, Olivares ya no figura en la lista de los ejidatarios recién nombrados, Véase Archivo General Agrario (en adelante AGA), *Dotación de tierras*, exp. 23/923, legajo 2, f. 31v.

³³ *Salvoconducto zapatista de Valentín Reyes para Loreto Galicia*, 22 de abril de 1916, Archivo privado de la familia Pineda Galicia de San Pedro Tláhuac.

³⁴ *Salvoconducto zapatista de Emiliano Zapata para Nicolás Rioja*, 17 de marzo de 1917, Archivo privado de la familia Rioja Castañeda de San Francisco Tlaltenco.

En la época de la revolución, todo el pueblo de Mizquic, los de Tezompa y los de Tetelco, fueron zapatistas... cuando los carrancistas entraban al pueblo casi todos nosotros nos echábamos al monte... luego bajábamos cuando se iban... pero no recuerdo que algunos del pueblo se enrolaran en la lucha,³⁵ aquí sí se peleó... cuando nos decían los zapatistas que venían los carrancistas, nosotros rompíamos algunos acalotes y represos para inundar los caminos, pero luego jalábamos al monte. Ellos se mataban, las calles quedaban llenas de muertos, había muchos yaquis que aquí perdieron...; los carrancistas ni se las olían, pues la gente de Zapata tenía todo el monte y bajaba cuando quería. Algunos generales zapatistas como Everardo González y el mismo Emiliano Zapata tenían como cuartel general la casa ubicada en el número 22 de la calle 20 de noviembre, donde vive actualmente mi hermano Eduardo Galicia.³⁶

A pesar de que el carrancismo contó con mayores recursos para la guerra, muchos de ellos proporcionados por el mismo gobierno de Estados Unidos, no le resultó tan fácil acabar con las incursiones rebeldes en un espacio tan cercano a la capital mexicana como lo eran los pueblos lacustres del sur. Un parte militar, fechado el 8 de junio de 1916, da cuenta de cómo los surianos aún estaban pensando su lucha con un carácter ofensivo:

Ponemos en conocimiento de ud. que además de que han atacado los zapatistas la población de Cuajimalpa, están ya también en Tetelco, Tecomic y Tulyehualco, y en la población de Tulyehualco está desarrollando, mejor dicho, está ya desarrollado el plan de ataque a la población de Xochimilco para el sábado de esta semana, y además hay aproximadamente cuatrocientos a quinientos individuos zapatis-

³⁵ Afirmación que debe ser tomada con cautela si se le confronta con el documento citado en la nota 30.

³⁶ El autor no menciona quién fue el chinampero que le proporcionó esta información, pero por el nombre de su hermano, se sabe que perteneció a la familia Galicia de Mixquic. Ochoa Zazueta, Jesús Ángel, "Mizquic. Análisis histórico comparativo de la concreción religiosa en una comunidad del Distrito Federal", 2 t., tesis de licenciatura en Antropología, Escuela Nacional de Antropología e Historia, México, 1972, t. 1, p. 102.

tas, todos armados en los pueblos de Santiago Tepalcatlalpa, San Mateo Xalpa, Nativitas, San Lucas y otros pueblos de Xochimilco y dichos individuos están pasando ante las autoridades como hombres pacíficos.³⁷

Al año siguiente, en abril de 1917, todavía el jefe carrancista del sector Xochimilco solicitaba dinamita porque pensaba minar el cerro Teuctli para poner una emboscada a los rebeldes zapatistas.³⁸ Así pues, los documentos oficiales dejan ver claramente que la actividad militar suriana no había desaparecido, que continuaba el carácter beligerante del zapatismo y que su fuerza se seguía sintiendo al sur de la Ciudad de México; esto, sobre todo, hace pensar que la cooperación de los pobladores se mantuvo a favor del Ejército Libertador. Aun cuando el carrancismo echó mano de diferentes métodos, algunos tan drásticos y violentos como el incendio de pueblos enteros, para acabar con el apoyo que los habitantes lacustres, le seguían proporcionando a las guerrillas campesinas. Es en este contexto en donde se puede explicar un temprano reparto agrario por parte del constitucionalismo a algunas comunidades del sur del Distrito Federal. Fue un intento para desmovilizar la rebeldía y, ciertamente, les resultó, puesto que muchos de los combatientes lacustres, una vez hecha la restitución de tierras, volvieron a sus comunidades y se incorporaron a la vida pacífica.³⁹

Para matizar las anteriores aseveraciones, también es menester reconocer que dentro del constitucionalismo existió un proceso de radicalización que, si bien no se llegó a equiparar con el alcanzado por el zapatismo, sí permitió la construcción de una política agraria y los primeros repartos de tierras. El 6 de enero de 1915 se promulgó la Ley Agraria

³⁷ AHSDN, *Ramo Revolución*, XI/481.5/exp. 98, ff. 331-332.

³⁸ AHSDN, *Ramo Revolución*, XI/481.5/exp. 100, f. 1009.

³⁹ Véanse los casos de San Juan Ixtayopan y Mixquic. *El Demócrata*, 19 de diciembre de 1916, 7 de agosto de 1917 y 22 de septiembre de 1917. *El Nacional*, 30 de agosto de 1917 y 22 de septiembre de 1917.

carrancista, redactada por Luis Cabrera, quien desde la administración maderista había planteado la restitución de los ejidos a los pueblos. Esta ley obedecía, en parte, a la presión que ejercieron los campesinos levantados en armas en distintas geografías del país. Ante tal evidencia, y a pesar del espíritu moderado y conservador del propio Carranza, el constitucionalismo se vio en la necesidad de plantear una solución al grave problema agrario de México. Así pues, la legislación agraria carrancista obedece a un intento para calmar la rebelión campesina, pero también es necesario reconocer que esta fue impulsada por ciertos constitucionalistas radicales como el propio Cabrera, así como por Francisco J. Múgica, Lucio Blanco, Salvador Alvarado, Gertrudis Sánchez, Eleuterio Ávila y Francisco Carrera, entre otros.⁴⁰

Entre 1918 y 1919, aunque es verdad que aún se suscitaron algunos combates y acciones zapatistas en el Distrito Federal,⁴¹ en el lago la guerra se fue amainando.

Las causas profundas del zapatismo

Todo lo que se ha visto hasta aquí ratifica el apoyo y la incorporación de los habitantes chinamperos al zapatismo. ¿Cómo explicar, entonces, el que geografías e historias particulares diversas hayan podido conjuntarse en un mismo proyecto revolucionario de transformación radical? Para comprender las

⁴⁰ La promulgación de la Ley Agraria fue precedida dentro de las filas carrancistas, por una serie de repartos agrarios en varias partes del país. Al respecto véase Ribera Carbó, Anna, “El agrarismo constitucionalista en el espejo de la revolución del sur”, en Espejel López (coord.), *Estudios*, pp. 153-157.

⁴¹ Todavía el 6 de agosto de 1919, ya muerto el general Zapata, en Milpa Alta se firmó una reformulación del Plan de Ayala, conocido hasta nuestros días como el Plan de Milpa Alta. Véase “Plan de Milpa Alta”, en Gomezcesar (coord.), *Historias*, 1992, vol. 2, p. 226-228, El documento lo firman los generales Everardo González, M. Palafox, Antonio Beltrán, Tomás García, Octaviano Muñoz y Guillermo Rodríguez.

hondas raíces del movimiento suriano, creo que es necesario apuntar en tres direcciones: una larga historia muy similar, enmarcada en un lejano proceso civilizatorio; un territorio construido comunitariamente, material y simbólicamente compartido; y los variados tipos de agravios, percibidos como despojos por parte de las comunidades, originados por la modernización capitalista durante los últimos años del Porfiriato.⁴²

El Ejército Libertador del Sur tuvo como principal sostén a los pueblos campesinos del centro y sur de México, los que compartían, más allá de sus propias particularidades, una serie de largos procesos históricos que estuvieron influenciados por dos factores principalmente: por un lado, el surgimiento de la civilización mesoamericana y, por el otro, la imposición de la colonialidad del poder con la llegada de los invasores europeos a estas tierras.

Las comunidades agrarias, que al despuntar el siglo XX se volvieron zapatistas, tenían un origen muy lejano que los vinculaba con un hecho que también posibilitó el inicio del desarrollo civilizatorio mesoamericano, a saber, la creación del maíz, y más precisamente, la invención del complejo de la milpa. Esta situación permitió la sedentarización de los grupos mesoamericanos y, a la postre, el surgimiento de centros de población fijos que, al transcurrir de los años, se fueron complejizando hasta conformar estructuras estatales de grandes dimensiones. En el posclásico tardío, después de varios milenios de vida sedentaria, una gran cantidad de asentamientos humanos se había territorializado, es decir, habían ocupado de forma permanente una porción espacial de Mesoamérica. Los nahuas los llamaron *altepetl* y éste fue el modelo organizativo (político, económico, territorial, religioso y cultural) por el cual se rigie-

⁴² Estos tres puntos los desarrollo con mayor amplitud en el capítulo tres de mi tesis de doctorado, la cual aún está en proceso de redacción. Por cuestiones de espacio, aquí restrinjo las referencias bibliográficas sólo a los casos más indispensables. El título de mi investigación es *La chinampa en llamas. Conflictos por el territorio y zapatismo en la región de Tláhuac (1894-1923)*.

ron hasta la llegada de los iberos. Los *altepetl* fueron el sustento de todos aquellos organismos estatales que los españoles reconocieron como imperios.

A partir de ese momento, es posible rastrear el origen territorial de muchos pueblos zapatistas, ciertamente no de todos, puesto que un buen número de ellos se debió a la política de congregaciones que la Corona Española implementó a finales del siglo XVI y principios del XVII. Sin embargo, el hecho es que, si se observa lo mesoamericano desde la larga duración histórica, es factible pensar en que esta medida reorganizativa, impulsada por las autoridades novohispanas, fue uno más de los reacomodos que las comunidades vivieron a lo largo de su historia, ya que el cambio de residencia de los *altepetl* y los *calpulli* y *tlaxilacalli*⁴³ fue una constante en Mesoamérica.

Lo que precisa tener en cuenta es que la estructura, las dimensiones y las funciones del *altepetl* se van a mantener, a pesar del proceso de colonización, poco más de un siglo después de la invasión española; inclusive en muchos casos, este modelo organizativo nahua va a continuar vigente hasta los albores mismos de la Independencia.⁴⁴ Conforme pasaron los años coloniales, las estructuras de organización fueron cambiando, producto de la constante convivencia entre dominados y dominadores. El *altepetl* sufrió un complejo proceso de desestructuración; la categoría municipal española de “pueblo” fue refuncionalizada por los nahuas a partir de su propia tradición organizativa, y la aprovecharon para obtener las 600 varas

⁴³ Básicamente había dos clases de *altepetl*: aquellos que estaban constituidos por *calpulli* y *tlaxilacalli* (“barrios” los nombraron los españoles) y contaban con un solo gobernante (*tlabtoani*) y los que han sido llamados *altepetl* complejos, los cuales tenían varias cabezas de gobierno (*tlahlocayotl*) y, por lo tanto, igual número de gobernantes (*tlabtohqueh*). A las partes constitutivas de estos últimos se les llamaba también *altepetl* o *tlayacatl altepetl*.

⁴⁴ Lockhart, James, *Los nahuas después de la Conquista, historia social y cultural de la población indígena del México central, siglos XVI-XVIII*, Roberto Reyes Mazzoni (trad.), Fondo de Cultura Económica, México, 1999, p. 27, 47-48, 85-88.

cuadradas de territorio que la legislación novohispana les asignaba a este tipo de entidades, empero, esto significó la fragmentación de la primigenia unidad territorial; así fue como muchos *calpulli* y *tlayacatl altepetl* obtuvieron su independencia con respecto al antiguo gobierno central de sus comunidades.

Al finalizar este proceso de desintegración del *altepetl*, el mapa territorial de los pueblos del centro y sur de México se definió de manera más contundente, aunque, desde luego, esto no impidió que a lo largo del siglo XIX pudieran haber existido algunos cambios como el surgimiento de nuevos pueblos y la desaparición de algunos otros. No obstante, la modificación más significativa durante la “era liberal” fue la transformación del gobierno político de las comunidades, pues del antiguo cabildo indio se pasó a un cuerpo municipal de tradición española que permitió el empoderamiento de agentes externos y le restó las funciones judiciales que anteriormente caracterizaban a las repúblicas de indios.⁴⁵ Una vez más, los pueblos tuvieron que echar mano de toda su capacidad creativa y lograron sacar provecho de la nueva situación a través de una curiosa reformulación del lenguaje liberal universalista que utilizaron para la defensa de sus intereses comunitarios.⁴⁶

En suma, la historia común de los pueblos zapatistas era aquella que los vinculaba con los antiguos *altepetl*, modificados en repúblicas de indios por la colonialidad del poder, y, finalmente, constituidos como municipios en las primeras décadas del siglo XIX. A través de este proceso histórico, dos elemen-

⁴⁵ Héau, Catherine, “La tradición autonomista y legalista de los pueblos en territorio zapatista”, en Espejel López (coord.), *Estudios*, pp. 126-132.

⁴⁶ Tutino, John, “Indios e indígenas en la guerra de Independencia y las revoluciones zapatistas”, en Miguel León Portilla y Alicia Mayer (coord.), *Los indígenas en la Independencia y en la Revolución mexicana*, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, Instituto Nacional de Antropología e Historia, Fideicomiso Teixidor, México, 2010, p. 118.

tos fueron de crucial importancia para la reproducción y continuidad (con sus respectivas modificaciones) de las comunidades rurales: la defensa de sus territorios y de sus autonomías, mismos que tomó como bandera el zapatismo y por los cuales se explica, en gran parte, el por qué decenas de poblaciones se adhirieron a las filas del Ejército Libertador del Sur.

Ahora bien, además de esta larga historia, los pueblos zapatistas también compartían la noción de un territorio mucho más abarcante que la de sus respectivos terruños. El amplio territorio zapatista, como bien puede ser definido, se fue construyendo a través de cientos de años y varios fueron los factores que permitieron su concreción. Su ocupación y primigenia estructuración se llevó a cabo antes de la llegada de los españoles, pero el proceso de colonización restringió el libre tránsito por él, empero, algunos elementos permitieron que continuara su conformación, aun bajo el dominio colonial, a saber: una serie de ferias/peregrinaciones; la existencia de tianguis locales y de mercados regionales; los flujos de intercambio comercial a través de la arriería; la utilización de lenguajes comunes (náhuatl y español); y, finalmente, la presencia de un complejo simbólico/cultural de origen mesoamericano, pero caracterizado y modificado por la larga lucha de resistencia frente a la colonialidad del poder.

Las fiestas religiosas, focalizadas en importantes y antiguos centros de culto, como las de Amecameca, Tepalcingo o Chalma,⁴⁷ hicieron posible que este amplio territorio fuera recorrido por lo menos con una anualidad constante; situación que permitió la recurrente comunicación entre habitantes de variadas latitudes, quienes, poco a poco, fueron identificándose como miembros de una comunidad más extensa al compartir la práctica de la peregrinación y todos los demás

⁴⁷ Catalina H. de Giménez y Francisco Pineda ya habían hecho notar el papel que las ferias regionales tuvieron para la conformación del territorio zapatista. H. de Giménez, Catalina, *Así cantaban la revolución*, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, Grijalbo, México, 1990, 406 p., pp. 62-64. Pineda, *Irrupción*, 1997, pp. 61-67.

elementos que de ella se derivaban (ofrendas, promesas, mandas, pagos, etcétera). Estas celebraciones, sin embargo, no solo tenían un carácter religioso, las demás actividades que en ellas se llevaban a cabo también apoyaron la construcción de esta identidad más amplia. La fiesta era, al mismo tiempo, sitio de veneración de una imagen, lugar de intercambio comercial de productos bien diversos y centro de esparcimiento y de convivencia que rompía con la cotidianidad pueblerina.

Los tianguis y los mercados regionales lograron ampliar en todo el año; aunque a una escala menor, el intercambio comercial, que en unos cuantos días se realizaban en las fiestas/peregrinaciones.⁴⁸ Así pues, su importancia radicó en el hecho de que fueron la bisagra que unió la vida cotidiana y las grandes ferias, permitiendo que un buen número de gentes, de distintos pueblos, mantuvieran una comunicación constante, aunque más sectorial. Asimismo, el trabajo de los arrieros contribuyó a que este amplio territorio fuera transitado con mayor frecuencia, al menos por el sector de los pueblos que se dedicaba al comercio a través de una serie de veredas y caminos que, por cierto, después fueron utilizados por el propio ejército zapatista para hacer la guerra.

Los pueblos zapatistas han sido parte del grupo lingüístico náhuatl. Si bien, a principios del siglo XX en muchos pueblos este idioma se hallaba en franca decadencia, ello no significó que les fuera desconocida su utilización. Este no es el espacio más adecuado para un análisis de mayor amplitud, pero creo que en la historia del zapatismo se ha subestimado la relación que este mantuvo con la lengua náhuatl. Por el momento, solo adelanto que, desde mi perspectiva, este idioma fue mucho más cotidiano en la vida de las comunidades zapatistas de lo

⁴⁸ Un análisis interesante del papel que el mercado regional de Ozumba jugó dentro del zapatismo puede encontrarse en Hernández de Olarte, Moroni Spencer, “‘Ya llegaron los de Tierra Fría’ Los colores del zapatismo en la Región de los Volcanes, Estado de México”, tesis de maestría en Humanidades, Universidad Autónoma Metropolitana-Unidad Iztapalapa, México, 2013, pp. 55-65.

que comúnmente se piensa y que, además, existen fuertes indicios que nos llevan a pensar que el propio general Zapata fue un *nahuatláhtō*. Sin embargo, también es cierto que todas las poblaciones zapatistas nahuas eran bilingües, por lo que el español, muy influenciado por la lengua mexicana, fue el principal mecanismo a través del cual se comunicaron.

Al ser parte de la matriz civilizatoria mesoamericana, las comunidades zapatistas compartían un complejo simbólico/cultural que daba cuenta, además de su lejano origen, del largo proceso de resistencia que los pueblos habían mantenido contra la colonialidad del poder. Así pues, este complejo estaba conformado por una serie de prácticas y creencias cuyos elementos podían provenir del panteón mesoamericano o del cristiano medieval, pero todos ellos dotados de significación a partir de la relación que guardaban con el trabajo agrícola, especialmente cuando del maíz se trataba. Ceremonias para pedir agua o para conjurar las tempestades y el granizo; acciones para alejar a los aires de las milpas; especialistas rituales que controlaban el tiempo; historias acerca de santos, charros negros, sirenas, lloronas y nahuales que otorgaban favores y desgracias a los pueblos; todos estos eran comunes en los pueblos zapatistas, más allá de las especificidades locales.

El amplio territorio zapatista, construido a partir de los elementos señalados, fue ese espacio intermedio de sociabilidad que unió a los “territorios más próximos” con la realidad nacional,⁴⁹ contribuyendo a que el zapatismo creciera y desbordara su inicial origen morelense.

Finalmente, y como he señalado líneas arriba, los agravios que el régimen porfirista les generó a los pueblos, en distintas órdenes de su existencia, también ayudan a explicar el por qué

⁴⁹ En este punto sigo a Gilberto Giménez. De acuerdo con él hay 3 tipos de escala territorial: el territorio más próximo o identitario, el más vasto o nacional y el territorio intermedio. Giménez, Gilberto, “Territorio e identidad. Breve introducción a la geografía cultural”, en *Trayectorias*, vol. VII, No. 17, enero-abril de 2005, p. 9.

ellos engrosaron las filas zapatistas. En las líneas siguientes me referiré brevemente a algunos ejemplos de esto en mi zona de estudio: la región lacustre del sur de la Cuenca de México.

La modernización capitalista, impulsada durante la administración de Díaz, provocó cambios drásticos en un espacio lacustre que se había mantenido sin grandes modificaciones durante varios siglos. La legislación acuática porfirista se estructuró de modo que favoreciera a los empresarios, otorgándoles buenos incentivos y motivándolos a inyectar el capital necesario para la realización de ciertas obras que, a la postre, desarticularon y dañaron severamente la vida de las comunidades ribereñas del sur de la Cuenca de México. Proyectos como la desecación del lago de Chalco, realizada por el español Íñigo Noriega,⁵⁰ o como la concesión para la explotación de turba en las ciénegas de San Gregorio Atlapulco, aprobada por Francisco León de la Barra,⁵¹ deterioraron en gran medida la economía y la cultura de las comunidades lacustres de la región. Incluso antes de la concreción de este tipo de acciones, los habitantes de los pueblos se hallaban descontentos con el gobierno de Díaz, pues la explotación de los recursos acuáticos, antes ejercida con mayor libertad, estaba siendo prohibida para beneficiar los intereses privados de los poseedores del capital. Antonio Díaz Soto y Gama, miembro del Ejército Libertador del Sur, nos brinda un excelente testimonio de la situación de malestar que se vivía en Tláhuac durante el Porfiriato:

A este propósito se refiere que el general Díaz, acompañado del ministro de Agricultura y del propio Yñigo Noriega, hizo la invitación de este un viaje de recreo a través del lago referido, por los años de 1892 o 1893, embarcados al efecto en grandes canoas hermosamente adornadas, que sin tropiezo alguno hicieron el recorrido del canal hasta llegar a Chalco; y que al pasar por este punto, se vio la comitiva

⁵⁰ Anaya, *Rebelión*, 1997, t. 2, pp. 69-81 y 97-106.

⁵¹ Chapa, Sóstenes N., *San Gregorio Atlapulco, Xochimilco, D. F. Pueblo que nació luchando por sus tierras y ha vivido defendiéndolas*, Talleres Quetzalcóatl, México, 1959, 365 p., pp. 197-213.

obligada a desembarcar en busca de abrigo, por ser el frío insoportable debido a lo riguroso del invierno. Solicitaron los viajeros sarapes para cubrirse del frío; pero el pueblo ya hostil al gobierno por sus complicidades con Noriega rehusó en lo absoluto a prestar sus servicios. Hubo necesidad de que el comandante de escolta, acompañado por un pelotón de soldados, anduviese de casa en casa del barrio de Tizco o Tixio [*sic* por Titic], recogiendo hasta los más humildes sarapes que encontraba, lo que provocó la indignación del pueblo en grado tal que cuando, después de un discurso pronunciado por algún personaje de la comitiva, prorrumpió este en “vivas” para el general Díaz, el pueblo de Tláhuac respondió con un “muera” estrepitoso.⁵²

Las problemáticas de las comunidades también se agravaron por el intenso proceso de privatización y titulación de la tierra que la administración de Díaz realizó en las distintas zonas chinamperas. Hubo riñas entre vecinos de un mismo pueblo y también entre poblaciones aledañas por cuestión de linderos.⁵³ A muchos chinamperos se les negó el título correspondiente alegando que, como esas tierras estaban al interior de los lagos, eran propiedad de la nación. Mientras a los habitantes de los pueblos se les privaba del derecho a la propiedad, a los grandes propietarios se les permitía la escrituración, el acaparamiento y el despojo; como sucedió con los casos de Íñigo Noriega, Francisco de P. Arias y Aureliano Urrutia, quienes les arrebataron notables extensiones de tierra a muchos pueblos del sur de la Cuenca.

Ya durante el conflicto armado, incluso los hacendados y el ejército federal siguieron hostilizando a los pueblos. El 22

⁵² Díaz Soto y Gama, Antonio, *Historia del agrarismo en México*, Pedro Castro (rescate, pról. y estudio biográfico), Ediciones Era, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, Universidad Autónoma Metropolitana-Unidad Iztapalapa, México, 2002, 688 p., p. 507.

⁵³ Véase el documento que los vecinos de Xochimilco mandaron al general Zapata; ahí vienen los detalles de la situación que vivían por el problema de linderos con los de San Gregorio Atlapulco. *Documentos históricos de la Revolución Mexicana. Emiliano Zapata, el Plan de Ayala y su política Agraria*, Isidro Fabela (fundador), Josefina E. de Fabela (dir.), Jus, México, 1970, 334 p., pp. 236-239.

de julio de 1911 un grupo de soldados, acuartelado en la hacienda de Xico (propiedad de Noriega) balaceó durante toda la noche a San Juan Ixtayopan;⁵⁴ el 25 de octubre de 1911 se realizó una matanza de chinamperos en Tláhuac por el apoyo que estos mostraron hacia las fuerzas surianas;⁵⁵ el 20 de febrero de 1912 fue quemado Tlaltenco, un mes después de que sus habitantes se habían quejado del despojo de tierras que les hizo Noriega en la administración porfiriana.⁵⁶ A la luz de estos hechos, no resulta sorprendente que las comunidades lacustres se unieran al zapatismo, ya que éste constituyó la opción más clara para su autodefensa y, al mismo tiempo, les otorgó una esperanza para la recuperación de su territorio. En este contexto, el sacerdote Juan B. Mancilla, originario de Tlaltenco, ponía al tanto al general Zapata acerca de los abusos sufridos en esta región:

Señor general Zapata, insurgente libertador. Acuérdesse que las haciendas daban a los jornaleros las tierras para que limpien por el espacio de un año o dos sin renta; y después los obligaban a pagar renta. Y por esto se saca por consecuencia que los hacendados deben renta a los pueblos. Porque las tierras son de los pueblos, el dinero de Xico es de la nación: no puso el extranjero más que su inteligencia. Pues los extranjeros no vinieron hacendados al territorio mexicano, sino con la tierra de los pueblos mexicanos se hicieron hacendados. Y por tanto los hacendados deben renta a la nación mexicana. Tlaltenco, septiembre 22 de 1914. Presbítero Juan B. Mancilla. [Nota marginal: se tomarán en consideración sus informes].⁵⁷

Así pues, la conjunción de estos tres factores que he señalado, ayuda a comprender con mayor cabalidad el por qué los pueblos lacustres del sur de la Cuenca de México se adhirieron al Ejército Libertador del Sur. Para vislumbrar las raíces profundas del zapatismo que permitieron el diálogo y la unión

⁵⁴ *El Diario del Hogar*, 28 de octubre de 1911, p. 4.

⁵⁵ *El Diario del Hogar*, 27 de octubre de 1911, p. 1.

⁵⁶ *El Diario del Hogar*, 3 de febrero de 1912, pp. 1 y 2; 21 de febrero de 1912, pp. 1 y 4.

⁵⁷ AGN, *Fondo Emiliano Zapata*, caja 1, exp. 20, f. 32.

(no sin contradicciones) de geografías y actores diversos, es menester observarlo, desde la larga y la corta duración históricas, como un eslabón en la secular lucha de los pueblos originarios por la defensa de sus territorios y de sus autonomías y, asimismo, por el derecho a ejercer una manera distinta de entender y de vivir en el mundo.

Fuentes

Etnografía

Entrevista a Dionisio Chávez Acevedo realizada por Baruc Martínez Díaz el 10 de abril de 2009 en San Francisco Tlaltenco.

Entrevistas a Matiana Flores Martínez realizadas por Baruc Martínez Díaz en los meses de marzo a julio de 2005 en su domicilio en Santiago Zapotitlán.

Entrevista a Julia Lozano realizada por Alberto Barranco y Andrés Lozano, Tláhuac, 1996.

Entrevista realizada a Eligio Martínez por Baruc Martínez Díaz en San Nicolás Tetelco, febrero de 2012.

Archivos

Archivo General de la Nación.

Fondo Emiliano Zapata

Fondo Genovevo de la O

Archivo Histórico de la Secretaría de la Defensa Nacional.

Ramo Revolución

Archivo General Agrario.

Fondo Dotación de tierras

Archivo privado de la familia Pineda Galicia de San Pedro Tláhuac.

Archivo privado de la familia Rioja Castañeda de San Francisco Tlaltenco.

Hemerografía

El Demócrata.

El Diario del Hogar.

El Imparcial.

El Independiente.

The Mexican Herald.

El Nacional.

El País.

La Prensa.

Bibliografía

AGUILAR, José Ángel, *La Revolución en el Estado de México*, 2 t., Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, México, 1977.

ÁLVAREZ ICAZA LONGORIA, María Teresa, “El zapatismo rondando la capital”, en *Zapatismo: origen e historia*, Instituto

Nacional de Estudios Históricos de las Revoluciones de México, México, 2009, p. 369-388.

ANAYA PÉREZ, Marco Antonio, *Rebelión y Revolución en Chalco-Amecameca, Estado de México, 1821-1921*, Margarita Carbó (pról.), 2 t., Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, Universidad Autónoma de Chapingo, México, 1997, t 2.

ARNAL, Ariel, *Atila de tinta y plata. Fotografía del zapatismo en la prensa de la Ciudad de México entre 1910 y 1915*, Instituto Nacional de Antropología e Historia, México, 2010.

CAMACHO DE LA ROSA, Gerardo, *Raíz y razón de Totolapan: el drama de la guerra zapatista*, Gobierno del Distrito Federal, Secretaría de Desarrollo Social, México, 2007.

CASTILLO PALMA, Norma Angélica, “La revolución en la memoria: las haciendas y el general Herminio Chavarría en Iztapalapa”, en *Signos Históricos*, número 21, enero-junio de 2009, p. 170-181.

CHAPA, Sóstenes N., *San Gregorio Atlapulco, Xochimilco, D.F. Pueblo que nació luchando por sus tierras y ha vivido defendiéndolas*, Talleres Quetzalcóatl, México, 1959.

CHEVALIER, François, “Un factor decisivo de la revolución de México: ‘El levantamiento de Zapata’ (1911-1919)”, en José Ángel Aguilar, *Zapata (selección de textos)*, Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, México, 1980, p. 119-127.

DÍAZ SOTO Y GAMA, Antonio, *Historia del agrarismo en México*, Pedro Castro (rescate, pról. y estudio biográfico), Ediciones Era, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, Universidad Autónoma Metropolitana-Unidad Iztapalapa, México, 2002.

Documentos históricos de la Revolución Mexicana. Emiliano Zapata, el Plan de Ayala y su política Agraria, Isidro Fabela (fundador), Josefina E. de Fabela (dir.), Jus, México, 1970.

ESPEJEL, Laura, “El movimiento campesino en el oriente del Estado de México: el caso de Juchitepec”, en *Cuicuilco*, vol. 1, año 2, número 3, 1981.

GARAY, Francisco de, *El Valle de México. Apuntes históricos sobre su hidrografía desde los tiempos más remotos hasta nuestros días*, Oficina tipográfica de la Secretaría de Fomento, México.

GIMÉNEZ, Gilberto, “Territorio e identidad. Breve introducción a la geografía cultural”, en *Trayectorias*, vol. VII, No. 17, enero-abril de 2005, p. 8-24.

GOMEZCÉSAR HERNÁNDEZ, Iván, *Pueblos arrasados. El zapatismo en Milpa Alta*, Gobierno del Distrito Federal, Universidad Autónoma de la Ciudad de México, México, 2009.

GONZÁLEZ BUSTOS, Marcelo, *El general Jesús H. Salgado y el movimiento zapatista en Guerrero*, Universidad Autónoma de Guerrero, México, 1983.

H. DE GIMÉNEZ, Catalina, *Así cantaban la revolución*, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, Grijalbo, México, 1990.

HÉAU, Catherine, “La tradición autonomista y legalista de los pueblos en territorio zapatista”, en Laura Espejel López (coord.), *Estudios sobre el zapatismo*, Salvador Rueda Smithers (presentación), Instituto Nacional de Antropología e Historia, México, 2001, p. 121-140.

HERNÁNDEZ DE OLARTE, Moroni Spencer, “Ya llegaron los de ‘Tierra Fría’ Los colores del zapatismo en la Región de los

Volcanes, Estado de México”, Tesis de maestría en Humanidades, Universidad Autónoma Metropolitana-Unidad Iztapalapa, México, 2013.

HERNÁNDEZ SILVA, Héctor Cuauhtémoc, *Xochimilco ayer III*, Juan González Romero (presentación), Gobierno del Distrito Federal, Delegación Xochimilco, Instituto de Investigaciones José María Luis Mora, México, 2003.

HORCASITAS, Fernando (ed.), *De Porfirio Díaz a Zapata. Memoria náhuatl de Milpa Alta*, Miguel León Portilla (presentación), Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, México, 1968.

LAFRANCE, David G., “Arrugas y verrugas: los zapatistas en Puebla, 1910-1920”, en *Zapatismo: origen e historia*, Instituto Nacional de Estudios Históricos de las Revoluciones de México, México, 2009, p. 351-368.

LOCKHART, James, *Los nahuas después de la Conquista, historia social y cultural de la población indígena del México central, siglos XVI-XVIII*, Roberto Reyes Mazzone (trad.), Fondo de Cultura Económica, México, 1999.

MAGAÑA, Gildardo, *Emiliano Zapata y el agrarismo en México*, Carlos Pérez Guerrero (continuación de la obra), 5 t., Editorial Ruta, México, 1956.

MANCILLA CASTAÑEDA, Carlos, *Cronología histórica de San Francisco Tlaltenco y pueblos circunvecinos*, Edición del autor, México, 1998.

OCHOA ZAZUETA, Jesús Ángel, “Mizquic. Análisis histórico comparativo de la concreción religiosa en una comunidad del Distrito Federal”, 2 t., tesis de licenciatura en Antropología, Escuela Nacional de Antropología e Historia, México, 1972.

OROZCO Y BERRA, Manuel, *Memoria para la carta hidrográfica del valle de México*, Imprenta de A. Boix, a cargo de Miguel Zornoza, México, 1864.

PALACIOS RUIZ, Refugio, *Historia de San Nicolás Tetelco*, Edición del autor, México, 2000.

PEÑAFIEL, Antonio, *Memoria sobre las aguas potables de la capital de México*, Oficina tipográfica de la Secretaría de Fomento, México, 1884.

PÉREZ MONTFORT, Ricardo, “Imágenes del zapatismo entre 1911 y 1913”, en Laura Espejel López (coord.), *Estudios sobre el zapatismo*, Salvador Rueda Smithers (presentación), Instituto Nacional de Antropología e Historia, México, 2001, p.163-208.

PINEDA GÓMEZ, Francisco, *La irrupción zapatista, 1911*, Ediciones Era, México, 1997, p. 247.

PINEDA GÓMEZ, Francisco, “Guerra y cultura: el antizapatismo en el gobierno de Madero”, en Laura Espejel López (coord.), *Estudios sobre el zapatismo*, Salvador Rueda Smithers (presentación), Instituto Nacional de Antropología e Historia, México, 2001, p. 209-233.

PINEDA GÓMEZ, Francisco, *La revolución del sur, 1912-1914*, Rafael Medrano (pról.), Ediciones Era, México, 2005, p. 637.

PINEDA GÓMEZ, Francisco, “Milpa Alta en la revolución”, en Mario Barbosa Cruz y María Eugenia Terrones López (coord.), *Tobuehuetlalnantz'in. Antigua es nuestra querida tierra. Historia e imágenes de Milpa Alta de la época prehispánica a la revolución*, Universidad Autónoma Metropolitana-Unidad Cuajimalpa, Delegación Milpa Alta, México, 2012, p. 155-209.

PINEDA GÓMEZ, Francisco, *Ejército Libertador, 1915*, Ediciones Era, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, México, 2013.

QUIJANO, Aníbal, “Colonialidad del poder y clasificación social”, en *Journal of World-System Research, Center for Global International and Regional Studies*, Vol. XI, número 2, verano/invierno de 2000, p.3 42-386.

RIBERA CARBÓ, Anna, “El agrarismo constitucionalista en el espejo de la revolución del sur”, en Laura Espejel López (coord.), *Estudios sobre el zapatismo*, Salvador Rueda Smithers (presentación), Instituto Nacional de Antropología e Historia, México, 2001, p. 141-161.

ROSEY SALAZAR, Olivia, “La Revolución Mexicana vivida por Felipa Téllez Gómez”, en Iván Gomezcesar Hernández (coord.), *Historias de mi pueblo. Concurso testimonial sobre la historia y cultura de Milpa Alta*, 5 vol., Centro de Estudios Históricos del Agrarismo en México, México, 1992, vol. 2, p. 137-151.

SIERRA, Carlos Justo, *Tláhuac*, Ramón Aguirre Velázquez (presentación), José Irabién Medina (proemio), Departamento del Distrito Federal, Delegación Tláhuac, México, 1986.

TUTINO, John, “Indios e indígenas en la guerra de Independencia y las revoluciones zapatistas”, en Miguel León Portilla y Alicia Mayer (coord.), *Los indígenas en la Independencia y en la Revolución mexicana*, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, Instituto Nacional de Antropología e Historia, Fideicomiso Teixidor, México, 2010, p. 105-129.